

---

---

## El minero en el moderno relato boliviano

---

---

Los textos de los historiadores del Nuevo Mundo mezclan frecuentemente la objetividad histórica con la moralidad y la fantasía. Así, por ejemplo, Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela (1676-1736) nos confiesa en el prólogo de su *Historia de la Villa Imperial de Potosí* que va a tratar de «hermanar la llaneza de estilo con la verdad de los casos, sin que la claridad decline a bajeza ni el cuidado peque en afectación; y todo será para deleite y provecho del ánimo, atendiendo también a que lo narrativo agrade por nuevo, admire por extraño, por ejemplar exhorte, su dañoso escarmiente, y si imitable provoque lo bueno»<sup>1</sup>. El afán de verdad se expresa en un estilo llano, dramático a veces, con una gran fuerza descriptiva que refleja unas indudables inclinaciones literarias. Sin embargo, en el caso específico de la descripción de la mina boliviana, no se trata de presentar ni a un hombre feliz, ni a una naturaleza pródiga, sino que, por el contrario, domina la crítica social, hecha por un criollo fiel a la Corona. La reelaboración novelesca que Arzáns hace de materiales históricos es sugestiva, y no desprovista de pasión a pesar de que afirme: «Demás que escribiendo libre de toda pasión...» en su crítica se destaca la defensa del indio y la censura de la codicia, la pereza y el falso pundonor del español. Estilísticamente el barroco y adulator comienzo contrasta con la dramática descripción del interior de la mina<sup>2</sup>.

El relato de tema minero aparece en Bolivia tarde, ya entrado el siglo XX, y ha sido cultivado con desiguales resultados por autores nacionales. Jaime Mendoza recoge su experiencia como médico en los centros mineros de Uncía y Llallagua en su novela *En las tierras de Potosí* (1911). Novela realista —el «Gorki boliviano» lo llamó Rubén Darío— cuyo testimonio elude el conflicto directo entre el minero y su trabajo. La falta de una experiencia directa de lo relatado se acusa en el estereotipado

---

<sup>1</sup> Citamos por la *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, de BARTOLOMÉ ARZÁNS DE ORSÚS Y VELA. Providence. Rhode Island: Brown University Press, 1965.

<sup>2</sup> «La muy celebrada, siempre ínclita, augusta, magnánima, noble y rica Villa de Potosí; orbe abreviado; honor y gloria de la América; centro del Perú; emperatriz de las villas y lugares de este Nuevo Mundo; reina de su poderosa provincia; princesa de las indianas poblaciones; señora de los tesoros y caudales... Cerro de Potosí; clarín que resuena en todo el orbe; ejército pagado contra los enemigos de la fe; muralla que impide sus designios; castillo y formidable pieza cuya preciosas balas los destruye...» *Ibid.*, tomo I, pág. 3. «Innumerables son los que han perecido en sus entrañas: cada paso que dan en una de sus minas llegan a los umbrales de la muerte, sirviéndoles a cada uno de vela para morir aquella que traen en la mano para poder andar. Unas veces se les apaga la luz y allí perecen; otras se los traga la misma tierra donde pisan, porque ignorantes de los huecos por debajo pasan, se abren y los sepultan; otras se hallan enterrados de los sueltos que sobre ellos caen; otras se caen en aquellos pozos y lagunas de mucha profundidad que hay allí dentro y se ahogan». Tomo I, págs. 66-67.

retrato del minero como un ser degenerado<sup>3</sup>, indigenismo negativo que lo sitúa dentro de la tradición de *Pueblo enfermo* (1909), de Alcides Arguedas. Por el contrario, *Socavones de angustia* (1953), de F. Ramírez Velarde, constituye un conmovedor relato sobre las condiciones del minero que el propio novelista vivió. La novela nos presenta la problemática del campesino convertido en proletariado y su deseo, nunca cumplido, de volver a su origen, a la tierra o Pachamama. *Metal del diablo* (1946), de Augusto Céspedes, es una biografía de Patiño, uno de los tres «barones del estaño». La acción de la novela se extiende desde el comienzo de la era del estaño a la masacre de Catavi (1942). Néstor Taboada Terán, en *El precio del estaño* (1960), analiza la huelga minera (con motivo del reajuste del precio del estaño durante la segunda guerra mundial), que siguió a esta masacre de Catavi. Un tono más revolucionario, marxista, acusa *Los eternos vagabundos* (1939), de Roberto Leyton, novela donde apasionadamente se denuncian las condiciones infrahumanas del minero. En *Mina* (1953), relato escrito por el educador Guillén Pinto y su esposa, se predica la liberación del indio por la educación. La solución pedagógica propugnada por estos autores se muestra insuficiente, ya que el problema del indio es fundamentalmente socioeconómico, según la conocida tesis de Mariátegui defendida en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*<sup>4</sup>.

El boliviano Alfonso Gumucio Dragón tiene un dramático relato —«Minero de último nivel», Cuadernos de Vientos Nuevos, 1974— donde las elucubraciones de un minero en el nivel más profundo se mezclan con los recuerdos de la muerte de familiares y amigos dentro de la mina. Al íntimo y morboso pensar del minero mediante el pronombre «tú» («Las veces que te habías preguntado si todos los mineros se mueren antes de los cuarenta años de silicosis») se oprime la voz del narrador que en tercera persona describe el ritmo martilleante de la picota en ese socavón de la muerte que trabaja el minero: «Cada golpe ensanchará tu estómago en espera de tu ración, su pobre ración diaria de comida, su rica ración de riesgo, silicosis y muerte.» Enajenado por el trabajo y su siniestro futuro, el personaje queda en el fondo de la mina anhelando una liberación que tentadoramente le ofrece la cercana dinamita. En «Interior mina», un cuento incluido en *El Quijote y los perros*<sup>5</sup> un oficial, durante una de las muchas militarizaciones de las minas, pide a un niño le descubra el paradero de su padre, a lo que el primero irónicamente responde: «Mi papá dice que si quiere hablar con él —dice que si quiere— que vaya a buscarlo en interior mina» (166).

---

<sup>3</sup> «El obrero que describe Mendoza es el individuo derrotado por el esfuerzo, insignificante en el medio social que le rodea, un paria: es, en definitiva, un campesino... El minero en su lugar de trabajo es el depositario de la experiencia colectiva y de la sabiduría de su clase... Este es el minero que no debe ser confundido con el campesino derrotado por el destino adverso» GUILLERMO LORA: *Ausencia de la gran novela minera*. Bolivia: Ediciones El Amauta, 1979, pág. 12.

<sup>4</sup> «Insurgimos, primeramente, contra la tendencia instintiva —y defensiva— del criollo o “misti”, a reducirlo a un problema exclusivamente administrativo, pedagógico, étnico o moral, para escapar a toda costa del plano de la economía... Colocando en primer plano el problema económico-social, asumimos la actitud menos lírica y menos literaria posible.» JOSÉ CARLOS MARIATEGUI: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Habana: Casa de las Américas, 1963, pág. 33.

<sup>5</sup> *El Quijote y los perros*. Cochabamba: Editorial Universitaria, 1979.

El cuento «Copagira», del cochabambino Adolfo Cáceres Romero, incluido en el volumen de igual título <sup>6</sup>, nos sitúa en la cantina del campamento minero durante una de las muchas huelgas. El cantinero maltrata a la chola Eulalia con la que tuvo el niño que ésta lleva ahora en sus espaldas. Los pensamientos del cantinero, en letra negrilla, nos van descubriendo sus verdaderos sentimientos por esta mujer que poseyó en la mina, «en medio de la copagira» (72). En su brutal pasión la mina los unió, pero fuera de ésta, Eulalia, la palliri, se convierte en un ser extraño, en «la loca del campamento» (73). El relato se cierra con un paralelismo entre ese perro maltratado, que aparece merodeando desde el principio del relato, y la loca de la palliri que trata patéticamente de dar leche a su hijo muerto: «El perro sigue en el lugar de siempre, incommovible, a pesar de haber olfateado un cuerpo extraño al otro lado de la puerta. La loca, con un plañido musical, frente a las estrellas, procura dar de mamar al hijo que tiene un solo gesto inmóvil» (76).

Entre los testimonios periodísticos más recientes, habría que mencionar *Nueve días de viaje por las minas*, de Alfonso Medrano <sup>7</sup>. El periodista acompañando a una comisión oficial recoge testimonios de mineros en los centros de Catavi, Siglo xx, Colquiri y Pulacayo. En este emocionante documento se nos revelan las dramáticas condiciones de estos mineros condenados a muerte: «En el hospital, un médico exhibe radiografías de trabajadores enfermos con silicosis (el trabajador de interior mina respira en un ambiente cargado de partículas de sílice), tuberculosis y otros males, que junto a las masacres se ocupan de su inexorable exterminio. Las vistas de tales “fotografías internas” causan patética impresión. Manchas lúgubres expandidas como un secante, dentro del tórax: la muerte ganándole la batalla a la vida» (67). Otro dramático testimonio es el de Domitila Barrios de Chungara: *Si me permiten hablar. Testimonio de Domitila: Una mujer en las minas bolivianas* (México: Siglo XXI, 1977). En su libro pone en evidencia la situación miserable del minero boliviano y, en particular, la lucha de las mujeres para conquistar sus derechos.

Un escritor que ha consagrado últimamente una importante colección de relatos al tema minero es el paceño René Poppe. *El Paraje del tío y otros relatos* <sup>8</sup> demuestra un notable esfuerzo por la búsqueda de un estilo en este joven narrador (nacido en 1941), cuyo primer relato fue *Después de las calles* (1971). Los cuentos de Poppe nos enfrentan con el tan discutido e insoluble problema de la relación compromiso social y estilo. Tratar el tema minero es adoptar una postura, una actitud ante este sector social. Poppe vivió como minero, no como escritor, por algún tiempo en interior mina en Siglo XX, pero la experiencia de lo novelado, como sabemos, no es suficiente para ser escritor, ya que éste, como cualquier otro oficio, requiere un aprendizaje de la herramienta literaria para poder plasmar literariamente unas vivencias. Es decir, para poder revelar esa casi inasequible zona situada entre lo empírico y lo imaginario. Pero la realidad que nos describe Poppe, el submundo de los mineros, es de por sí tan extraña y brutal que no exige, como quería Brecht, el distanciamiento para que «lo

<sup>6</sup> ADOLFO CÁCERES ROMERO: *Copagira. Cuentos marginales*. Cochabamba: Editorial Universitaria, 1974.

<sup>7</sup> ALFONSO MEDRANO: *Nueve días de viaje por las minas*. Cochabamba: Editorial Universitaria, 1968.

<sup>8</sup> *El paraje del tío y otros relatos mineros*. La Paz: Edición Piedra Libre, 1979.